



¿Por qué no huyes
del sepulcro,
María Magdalena?
Juan 20,11-18

Por: Wilson
Cobaleda, Pbro



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
Vicaría de Evangelización

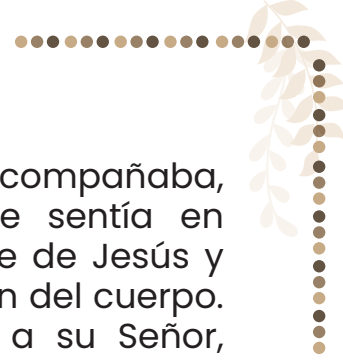


¿Por qué no huyes del sepulcro,
María Magdalena?



El evangelio de san Juan nos habla poco de ella, pero le da un papel más que protagonista en el anuncio de la resurrección. La primera vez que la menciona el evangelista, la presenta frente al crucificado, con María santísima y otras mujeres (19, 25). Y la segunda vez la pone junto al sepulcro de Jesús (20, 1-18). Por estos dos relatos podemos decir que la Magdalena estuvo frente al acontecimiento de la cruz y del sepulcro del Señor, lo vivió en carne propia, de cara al misterio y no de oídas ni lejos de él, por lo que —alcanzo a entender— llevó una relación discipular tan grande con Jesús que ni la cruz ni el sepulcro la alejaron del Señor. Y pudo ser por la conversión que vivió. Justamente, Lucas 8, 1-2 afirma que muchas mujeres acompañaban a Jesús mientras predicaba por pueblos y aldeas, entre ellas María Magdalena de quien había expulsado siete demonios. Y Marcos 16, 9 dice que Jesús se apareció primero a María Magdalena, de quien había echado siete demonios.

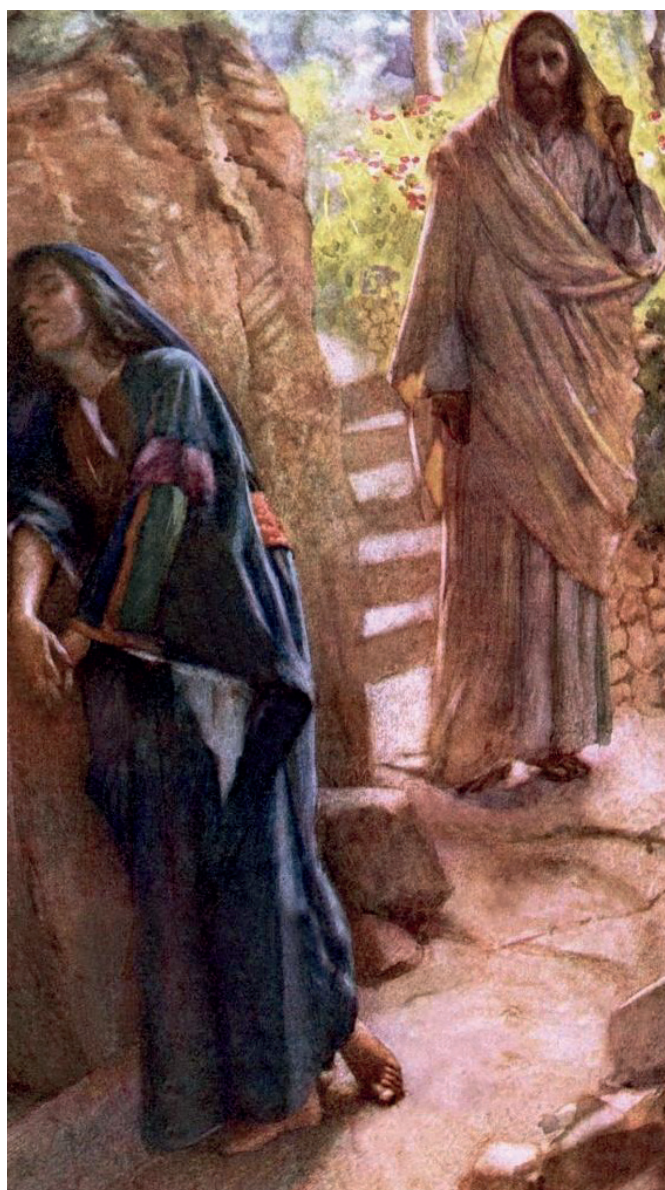
El capítulo 20 de Juan enseña que María Magdalena, al hallar el sepulcro abierto, avisó de esta situación a Pedro y al discípulo amado y, con todo, pensó que se habían llevado el cuerpo de Jesús. Y aquí viene la atención que quiero darle al relato de Juan citado en el título: el evangelio afirma que ella se quedó llorando junto al sepulcro, mientras que los apóstoles regresaron a su casa (v.10). Y me surge esta pregunta: ¿Por qué la Magdalena optó por quedarse junto al sepulcro, llorando, en lugar de irse con los apóstoles? O ¿por qué no sucedió lo contrario? Creo que esto no fue una simple decisión, ya que hay un contraste profundo entre ella y los apóstoles.



En primer lugar, el llanto de la Magdalena junto al sepulcro revela el vínculo espiritual que existía entre ella y Jesús, pues su experiencia de conversión y de discipulado fue tan grande que llegó a amar a Dios sobre todas las cosas, por lo que su decisión de permanecer en el sepulcro se basó en el amor por su Maestro y no en lo que los apóstoles decidieron hacer al hallarlo vacío.

En segundo lugar, el llanto de María Magdalena revela el duelo por el que

pasaba, el dolor que la acompañaba, el quebrantamiento que sentía en su corazón por la muerte de Jesús y ahora por la desaparición del cuerpo. Lloraba porque amaba a su Señor, pero no con el amor de pareja con el cual los opositores del evangelio nos quieren distraer, sino por el amor que debemos sentir por Cristo. En María Magdalena, su amor era más fuerte que la confusión que la acompañaba, por lo que decidió llorar su dolor junto al sepulcro. Sí, el amor verdadero también conoce de lágrimas.



En tercer lugar, el llanto de María va más allá de la verificación que hicieron los apóstoles: ellos entraron al sepulcro, confirmaron que estaba vacío y se fueron; ella, en cambio, reclama la presencia de Cristo, así fuera de su cuerpo muerto, que ahora, según ella, estaba perdido. Por eso, dice el evangelio, llora y se asoma, como si hubiera repetido esto varias veces; llora y se asoma porque quiere ver a su Señor. No miró para verificar e irse sino para esperar ver al Señor.

En cuarto lugar, el amor espiritual de María por Jesucristo no era todavía fe en el resucitado, pues insistía en la desaparición del cuerpo. Es decir, que su amor por Él no era aún certeza de su resurrección. Se asemejaba al amor de una mujer que ha perdido a un ser querido y llora de modo inconsolable, sin oír razones para superar este dolor. Y es tan fuerte esta situación para la Magdalena que no reconoció ni a los ángeles ni al resucitado la primera vez.

En quinto lugar, su persistencia le hizo merecedora de ver al resucitado; y



¿Por qué no huyes del sepulcro,

María Magdalena?

es que Cristo se conmovió tanto al ver el dolor sincero por el que pasaba aquella mujer, que se le apareció resucitado. Y es aquí donde el llanto es vencido por el gozo espiritual. El Señor se le apareció porque ella lo buscó y se quedó esperando su presencia en el silencio de aquel sepulcro. San Gregorio Magno decía: «Se quedó porque todavía buscaba lo que no había encontrado, y buscaba llorando, e inflamada por el fuego de su amor, ardía en deseos de aquel a quien creía que se lo habían llevado.»

En sexto lugar, Jesucristo se le revela resucitado. Y lo hace, en primer lugar, manifestando a los ángeles y preguntándole: “Mujer, ¿por qué lloras?” para enseñarle, a ella y hoy a nosotros, que por nuestras solas fuerzas no podemos entender la resurrección, ya que nos quedaríamos llorando al fallecido.

En segundo lugar, a la aparición de los ángeles le sigue la de Jesús que a la primera pregunta agrega: “¿A quién buscas?” Y la respuesta de María deja entender que estaba buscando al difunto Jesús, y es tan grande su confusión que no lo reconoce y hasta lo confunde con el jardinero del lugar, como si sus lágrimas no le permitieran advertirlo; sí, a veces las lágrimas no nos dejan ver bien.

En tercer lugar sucede la contemplación del resucitado: ante el llanto y la ceguera lacrimosa de la Magdalena, Jesús la llama por el nombre: “¡María!” Y ella lo reconoce. Esto me hace recordar las palabras de Jesús, el buen pastor, que dice: “mis ovejas escuchan mi voz, yo las llamo por el nombre, y ellas me siguen, pues conocen mi voz” (Juan 10,3-4). Precisamente, Jesús llamó por el nombre a la Magdalena y ella



lo reconoció llamándolo Maestro, lo que nos revela que aquello que unía a esta mujer con Cristo era su condición de discípula, un amor que le permitió reconocerlo y, a la vez, un amor del Maestro que se dejó ver resucitado para que ella entendiera que su pascua no se quedó en el sepulcro. Enseguida, su amor por el Maestro, —por lo que el evangelio nos permite entender—, la llevó a abrazarlo hasta retenerlo, o, de pronto, a postrarse ante sus pies y abrazarlos en señal de adoración; pero Cristo le explica que va de camino al Padre, diciéndole con ello que, en adelante, su presencia sería distinta a la de antes.

En cuarto lugar, Jesucristo le confía a María la tarea de anunciar a sus discípulos que Él iba al Padre y Dios suyo y de ellos, para revelar con estas palabras que Él había resucitado y que ascendía a la presencia de Dios. Así, pues, la permanencia de la Magdalena junto al sepulcro, y el llanto que la acompañó, manifiesta el amor puro de discípula por Jesucristo, que no se amilanó ante la muerte, la sepultura y la ausencia del cuerpo; y, por parte de Cristo, el reconocimiento del amor de aquella, que le lleva a convertirla en la primera testigo de la resurrección.

Hermanos, no huyamos del sepulcro, mejor, permanezcamos junto a este signo de la resurrección y digámosle al Señor que Él es nuestro Maestro y que queremos abrazarlo, mientras Él permanece resucitado con nosotros y, a la vez, vive y reina a la diestra del Padre.

Concluyo con el himno pascual que se recita por este tiempo en la liturgia de las Horas, los domingos y los martes.





*Estaba al alba María,
llamándole con sus lágrimas*

*Vino la Gloria del Padre y amaneció el primer día.
Envuelto en la blanca túnica de su propia luz divina,
la sábana de la muerte dejada en tumba vacía, Jesús
alzado reinaba, pero ella no lo veía.*

*Estaba al alba María,
la fiel esposa que aguarda.*

*Estaba al alba María,
con una unción preparada.*

*Jesús en las azucenas al claro del bello día.
En los brazos del Esposo La Iglesia se regocija.
¡Gloria al Señor encontrado, gloria al Dios de la alegría,
gloria al Amor más amado,
gloria y paz, y Pascua y dicha!*

*Estaba al alba María;
es Pascua en la Iglesia santa.
¡Aleluya! Amén.*



Estaba al alba María;
es Pascua en la Iglesia santa.
¡Aleluya!